

CINE

"Supersonic man"

Es habitual desde años el siguiente pensamiento de algunos cineastas: "Si la gente cree que el mejor cine del mundo es el norteamericano, hagamos nosotros el cine norteamericano". Japoneses, italianos y españoles combaten muchas veces por disimular su nacionalidad contratando pésimos actores yanquis como protagonistas de sus películas, cambiando los nombres de otros nacionales para dar mayor verosimilitud a la cosa, plagiando de mala manera las modas del cine USA para realizar, en definitiva, unos extraños y ambiguos productos que, generalmente, no pueden competir con la brillantez técnica de los originales que imitan. En aquellos terroríficos "westerns" que se hacían aquí hace tiempo tenemos un buen ejemplo de ello.

Ahora, el español Juan Piquer ha decidido realizar su película extraterrestre con Superman incluido. Y lo curioso es que, aparte de algunos efectos visuales realmente lamentables, el resto le ha salido como una típica mediocridad americana. Olvidando los grandes supermanes, no siempre el cine americano es como se cree, y son ellos los primeros en darnos gato por liebre. Este "Supersonic man" podría estar, por lo tanto, a la altura de mucha baratija como se nos proyecta últimamente. Tiene, al menos, todo cuanto debe tener: sus explosiones, sus viajes espaciales, su ridícula historia de amor, sus robots, su personaje empeñado en dominar el mundo (en este caso, cumpliendo el papel que le ha otorgado "el destino"), sus chistes, su victoria final, todo cuanto es común en lo peor del género, sin el menor ápice de novedad o inventiva. Lo que nos vemos obligados a padecer cuanto se proyecta sabemos que "Supersonic man" es una película más de las que no hacen historia. Juan Piquer ha conseguido ese objetivo.

Lo que uno se pregunta es

para qué tanto esfuerzo, tanto empeño en rodar en Nueva York, tantas ganas de imitar lo ajeno, cuando lo ajeno es tan tonto y en ocasiones poco comercial. Pero eso son ya cuestiones morales o psicoanalíticas. Lo que está claro es que aquí ha habido que inventarse una infraestructura de rodaje e invertir un montón de dinero para conseguir un producto anodino que ya existía mejor. ¡Qué cosas tan raras hace la gente! ■ DIEGO GALAN.

"Carga maldita"

Se empiezan ahora las "nuevas versiones" de viejos éxitos cinematográficos. En el último Festival de Cannes se anunciaban los rodajes de "Casablanca" ("Caboblanco" ahora) y muchos títulos de los antiguos Hitchcock. Como parte de la moda, William Friedkin (el director de "French Connection") ha adaptado otra vez la legendaria novela "El salario del miedo", que Clouzot convirtió en obra maestra en 1952. Para justificar su condición de director brillante y espectacular y para no parecerse demasiado al director francés, Friedkin ha trastocado los términos de aquella película insistiendo ahora más en lo que marginaba y, en contrapartida, suprimiendo lo que formaba su auténtica entidad. Si Clouzot narraba las peripecias psicológicas de unos hombres conduciendo el camión con nitroglicerina, Fried-

kin insiste más en las aventuras personales de esos personajes y en las razones que les llevan a la aceptación de ese trabajo, limitando la aventura del camión a unas cuantas secuencias típicas del género de aventuras. Su trabajo, por lo tanto, se hace más epidérmico e insustancial. Sin duda, mucho menos interesante.

Sin embargo, Friedkin sabe lo que se hace y así, por ejemplo, expone en unas cuantas pinceladas maestras las condiciones de vida de un poblado sudamericano que vive la regresión de un dictador auspiciado por la política yanqui. Por otra parte, sabe cómo fascinar al espectador con unos cuantos "números" espectaculares que sólo el cine yanqui es capaz de hacer (el camión atravesando un débil puente de cuerdas, bajo la lluvia, por ejemplo). Cambiando los términos, ha encontrado la manera de poder hacer una nueva versión de la historia sin que su fama de director con gancho decaiga en ningún momento. Lo que ocurre, no obstante, queda ya explicado más arriba: su trabajo carece de auténtico talento, reemplazado por simple habilidad. "Carga maldita" puede ser olvidada en cuanto termina de verse mientras que "El salario del miedo" sigue de alguna manera recordándose. Puede que eso no le importe demasiado, y quizá tenga razón. Pero el olvido en este caso es simple consecuencia del aburrimiento. ■ D. G.

"Carga maldita", de William Friedkin.



"Frente al mar"

Tercera película del sevillano Gonzalo García-Pelayo ("Manuela" y "Vivir en Sevilla" son las anteriores), empeñado esta vez en mostrarnos la represión sexual que padecemos quienes nos educamos bajo el franquismo. Para ello, se ha inventado un "intercambio de parejas" entre tres jóvenes matrimonios, coordinado por uno de sus miembros, psiquiatra progre.

Lo malo del invento es que para contar cuanto quiere, García-Pelayo (con guión de José María Vaz de Soto), en lugar de crear una estructura dramática que revele sus intenciones, ha preferido que los personajes lo expliquen en largos y monótonos diálogos. Como el texto es reiterativo y muy duro de interpretar, los malos actores de la película tartamudean para dar aire de verosimilitud o recitan como si fuera un texto escolar, provocando de una u otra manera la evidencia de que cuanto se dice es falso, aunque fuera de la película responda a la verdad. Son distintas —ya se sabe— la realidad cinematográfica y la de la calle. La habilidad para transformarlas en una sola es precisamente lo difícil del lenguaje cinematográfico.

"Frente al mar" es, por tanto, un honesto intento de aportar claridad a la vida de los reprimidos espectadores, pero tan ausente de dramaturgia, de inventiva y de salero (aunque a veces no de humor), que los espectadores de salas "S" a los que se ha destinado la película, se quedan perplejos sin encontrar lo que buscan, y "Frente al mar", sin convencer a los que no estuvieran convencidos. Es estupendo que se hagan películas como ésta, impensables en tiempos de Franco, pero al mismo tiempo lamentable que no se produzcan con el conocimiento cinematográfico que años anteriores nos han permitido adquirir. Estoy convencido de que si García-Pelayo hubiera supeditado sus ganas de broma a un mínimo de rigor (sin perder por ello el humor), hubiese alcanzado grados más interesantes para su trabajo. El que ha hecho puede verse o no con simpatía, pero personalmente dudo de la pretendida eficacia de su proyecto. Porque si hasta este ha sido ridiculizar a

Cultura a la contra

Las mujeres

Siempre he amado a las mujeres: se perfuman, se desodorizan, se visten y calzan con buen gusto. Para los surrealistas —los viejos surrealistas nunca mueren; ahora hacen "rock", por ejemplo— eran encarnaciones más que humanas de la Luna, de la Muerte, de la Noche, del Amor: pozos con muchas mayúsculas donde engolfarse —en todos los sentidos de la palabra— y dejarse llevar por corrientes de inconsciente colectivo hacia pleyas llenas de caracolas freudianas. Los surrealistas —románticos a fin de cuentas— consideraban a la Mujer —siempre con mayúsculas— un ser mágico y con pocas connotaciones humanas.

Por desgracia, o por suerte, siguen siendo las féminas —palabra de rancio sabor, antigua, señorial y cursi— muy poco humanas. Las feministas también, y sobre todo ellas; forman parte de otra tribu, de otra especie, y es una pena que la palabra "raza" tenga tantas connotaciones nazis, porque también se podría utilizar para ellas. Las mujeres siguen siendo diferentes. No es culpa suya, desde luego; nunca ser diferente es culpa de quien sufre tal condición, ni siquiera de quien goza de ella; se trata de un papel impuesto, de una situación obligada por la inmensa mayoría. Cierzo es que ellas intentan salir de su marginación, de su "ghetto" interno; algunas se pasan, se disfrazan de hombres, como si no se dieran cuenta de que los hombres —los varones, vocablo equivalente a féminas— son también seres extraños, artificiales; de que sus conductas estereotipadas son también producto de una división artificial en sexos y grupos. Los varones y las féminas, los galanes y las tiernas doncellas, son productos de un disparate, de una división artificial que nos separa en sexos. Y que no es solución, ni para acabar con tal ruptura, el adoptar los estereotipos del otro grupo, o considerarlo como un enemigo total. Las mujeres que olvidan sus perfumes, sus exóticos peinados y sus raros vestidos, y que se visten de vaqueros y no se depilan las axilas; aquellas que se llaman "macho" —qué disparate— y se intentan disfrazar, incluso mentalmente, de machos, se equivocan. Como los hombres que intentan asumir una condición femenina, los travestis y otros enloquecidos; desencasillados en busca de otra casilla, marginados que buscan otra marginación, juegan el mismo juego de división hasta el infinito, de atomización, de la especie humana. Ya no existen dos sexos —bastante monstruosa en sí esta división—, sino cuatro o cinco, o, más bien, cuatro o cinco actitudes exteriores de sexualidad, bastante graciosas desde el punto de vista estético, pero faltas de interés en general.

Yo sueño —a veces, todavía, sueño; a veces, ¡ay!, me quedan esperanzas— con un mundo en el que no haya diferencias sexuales, ni raciales ni grupales de ningún tipo. Sueño en un mundo de superficies brillantes, de actitudes libres y jactanciosas, basadas en una estética más que en una ética, en una libre acción lúdica más que en una postura reactiva, que es, a fin de cuentas, moralista. Sueño —perdón por lo confuso de la frase, que tantas cosas significa a un tiempo— en una auténtica revolución sexual unida a otras muchas revoluciones, que me permita tratar a las mujeres como compañeros de mundo, residentes como yo en esta Tierra inhóspita. Imagino el placer que supondría el adorar a las mujeres como adoro a los hombres, en tanto que seres imprevisibles, que no dependen ni del modista ni de los grandes almacenes, ni de un determinado partido político, ni de nada. Sueño en un mundo donde hayan muerto la familia, el municipio y el sindicato. Y que todos nos perfumemos, nos desodoricemos, nos vistamos y calcemos con buen gusto. ■ EDUARDO HARO IBARS.

los progres "intercambistas", le ha faltado ingenio. ■ D. G.

"El gran miércoles"

Desde que "American Graffiti" constituyera un éxito de público y la genial "The last picture show", de Bogdanovich, una lección de lo que podía ser un cine crítico y nostálgico, la moda ha hecho legión. Cada vez



"El gran miércoles", de John Milius.

son más los títulos que quieren imitar ambas películas, pero escasas son las que consiguen o el sentido del humor de la primera o la lúcida amargura de la segunda. Se trata sólo de insulsos productos destinados a quienes eran jóvenes en los años sesenta y ven ahora aquellos supuestos años felices con la impotencia de no poder repetirlos. Estas películas "retro" quieren devolver al país el aire de un ambiente feliz, la reconquista de una juventud teóricamente sana, llena de músculos y pelo rubio que contrasta con la melenuda, drogadicta y pasota de nuestros días. Para justificar esta operación reaccionaria, las películas "retro" incluyen una ambigua crítica a la guerra de Vietnam, como si ella sola hubiera sido la causa del escepticismo actual. Pocas —quizá sólo la de Bogdanovich— aceptaban que ya en los años sesenta la distancia de los jóvenes americanos con el optimismo oficial era un auténtico abismo.

"El gran miércoles" se apunta a la moda recordando a los jóvenes deportistas del "surf", inte-

rrumpidos en sus jocosos guateques por el llamamiento militar. Una serie de secuencias inconexas donde se agrupan de mala manera los sentimientos baratos, las risas fáciles y el espectáculo marítimo componen un extraño jeroglífico que comienza en el verano de 1962 y concluye en la primavera de 1974 sin que para hacerlo más verosímil sea necesario que los actores envejezcan mínimamente ni que sus contradictorias reacciones tengan una aunque sea elemental justificación. Todo es banal en esta película. Pero probablemente hábil si se la considera desde esa operación reaccionaria que lanzan ahora los estudios norteamericanos y muy concretamente algunos de sus productores y directores. El responsable de "El gran miércoles", John Milius, es el productor de esa otra aberración tan reciente en nuestras pantallas, "Hardcore", donde un honesto padre de familia de nuestros días buscaba a su corrompida hija por distintos lupanares hasta hacerla volver al hogar tradicional. ■ D. G.



TEATRO

El Español, este año

No sé si es porque todo el mundo acaba acostumbrándose a vivir con lo que le queda o si es porque el teatro interesa a muy poca gente. El hecho es que el incendio del Español, sala fundamental en la vida teatral madrileña, si bien lamentado en su momento, fue pronto aceptado como la enfermedad irremediable de un pariente lejano. Pese a haber sido, durante tantos años, el principal instrumento de la política teatral oficial, el otro día, con motivo de la rueda de prensa celebrada para presentar la nueva dirección del Centro Dramático Nacional, no hubo quien preguntara por él, como si el cambiar el Español por el Bellas Artes fuera la cosa más natural del mundo.

Menos mal que el interés de unos pocos y la presión objetiva de las cosas —¿cómo no reparar el mejor local teatral de Madrid y aceptar que permaneciera improductivo?— han devuelto al